

ditaria infelices y nuevos esclavos. Necesario el advenimiento de los germanos al mundo de Occidente, lo mismo para traer el concepto de la individualidad del hombre interior, no sospechado por Grecia y Roma, las cuales solamente conocían la individualidad del ciudadano, del hombre social, que para renovar y purificar la vieja sangre por completo estancada y aun podrida, que para ofrecer al nuevo ideal, á los dogmas cristianos, vasos más rudos que los antiguos clásicos, pero más dispuestos á contener y á guardar su misteriosa esencia. Por eso me parecen á mí extraordinarios é inspirados escritores aquellos que, levantando los ojos más arriba del oleaje de las pasiones desatadas en el diluvio de la revolución francesa, proclaman la pureza de su ideal progresivo, y la saludable levadura que á la vida humana trajeron sus sacrosantos principios. El religioso culto á su ideal no excluye de ninguna manera el anatema inapelable á los que lo manchaban desatentados con sus crímenes como la negación de Cristo por San Pedro, la cobardía de los Apóstoles en el Huerto, los besos traidores de Judas, los robos de Dimas, los vicios de la Magdalena, las dudas de Santo Tomás sobre la Resurrección, las luchas en siglos de siglos empeñadas por causa de la fe cristiana, no empecen á la divinidad del Cristianismo. Terribles casos los que vamos á describir: la dinastía prisionera, el Congreso incierto, los diputados perplejismos; la barra llena de peticionarios por la cólera ciegos, los anejos del hogar monárquico incendiados por teas de turbas perversas, una cascada de sangre cayendo por las escaleras del palacio, una espesa nube de humo ascendiendo por los aires que relampagaban, como si aquella tempestad artificial fuese una tempestad natural; el degüello extendido por todas partes como en la noche siniestra de San Bartolomé; los que se decían libres, persiguiéndose unos á otros como no se persiguen las fieras mismas entre sí; montones de cadáveres por las encrucijadas esparcidos y en carros de basura transportados luego para que sus huesos se perdieran en la cal de los cementerios, y su recuerdo en el olvido y en la ingratitud de los siglos; la guillotina sustituyendo al trono y el asesino al Inquisidor; mas así lo quiere la implacable sociedad, tan indiferente como la Naturaleza misma en derribar á sus criaturas y así lo pide la finalidad verdadera de su magna obra.

Narremos los acontecimientos. En las narraciones contando la Revolución francesa, sucede lo contrario de aquello que pasa en las narraciones contando la Edad Media. Quien estudia é historia este período, echa de menos fuentes, noticias, relatos, los materiales necesarios á reconstruir un período, una edad. Ante la Revolución el historiador se halla con tal número de noticias y relaciones, que le asalta irremediable perplejidad en la obra difícil de acertar cuál documento escogerá en sus informaciones y cuál deberá preferir para sus juicios. En los anales de la Crónica parlamentaria del período éste, cantera, de donde han sacado los historiadores todos sin excepción la materia histórica de sus ideas, encuéntranse dos relatos de una excepcional importancia para conocer los días del diez de

Agosto: un relato escrito por Roederer, cuyo papel en este drama ya conocemos; y otro relato escrito por Pétion, que fué, durante algunas horas, desde la misteriosa conjuración hasta el estallido revolucionario, en las escenas capitales del drama, un verdadero protagonista. El relato de Pétion interesa mucho desde las horas últimas del nueve de Agosto, en que marchó á las Tullerías so color de salvar al Rey, hasta las horas primeras del diez de Agosto, en que marchó á la Cámara so color de salvarse del Rey. En justo cambio, cuando acaba el interés de la crónica trazada por Pétion, comienza el interés de la crónica trazada por Roederer, quien dirige al Rey, desde que Pétion se marcha del jardín de las Tullerías al Congreso, hasta que se marcha un poco más tarde al Congreso también el Rey con su familia desde las Tullerías. Dejamos este relato en el momento mismo de tomar el irresoluto monarca su resolución suprema y decir: «Vamos». Las cosas humanas no están hechas verdaderamente cuando se acaban de hacer. Con grande facilidad se dice vamos y con grande dificultad se marcha uno siempre de cualquier parte. La primera dificultad que surgió en este lance fué la opuesta por la selección de las personas destinadas á séquito y acompañamiento del Rey. Hubo quien quiso descartar á la Reina. El síndico incluyó en aquella fuga toda la real familia. Y marchándose la familia los ministros del Rey no creyeron que debían quedarse allí separados del Monarca, constituyendo, como constituían los ministros con el Rey, así como el Rey con los ministros, la entidad política que se llamaba el poder ejecutivo de la nación francesa. Pero, en aquellas subversiones de todas las ideas, en aquella mezcla de todas las categorías, en aquel aquelarre de todas las pasiones; el Ministerio debía pedir á un representante de poder administrativo tan subordinado como el poder departamental su inclusión en el regio cortejo. Así, Mr. Dejoly, que regentaba el ministerio de Justicia, preguntó al síndico si debía ir ó no al Parlamento con sus colegas. El síndico respondió con sequedad que los ministros tenían su puesto en la Cámara, y los ministros se asociaron al consejo y recuerdo de Roederer, queriendo cargar sobre los hombros las responsabilidades morales exigibles al Monarca, y servir á su regia persona de verdadero escudo. Incluso los ministros, excluyéronse tantos y tantos realistas como deseaban seguir en este último trance á la Realeza. Para verificar con toda prontitud la repentina selección, Roederer dió un grito anunciando que se iban al palacio del Congreso los Reyes sin más séquito que su Ministerio responsable y su Diputación provincial. Designado así el número de personas que debían aquella procesión formar, ocurrió el síndico á la seguridad de todos, para lo cual ordenó á un oficial extendiera dos filas de milicianos á los dos lados del Monarca y de sus acompañantes. Tras varios minutos, empleados en esperar que se formase aquella guardia de honor y de seguridad, se pusieron todos en movimiento, no sin que Luis XVI se despidiera de sus cortesanos, los cuales formaban un corro alrededor suyo, como al acompañarle antaño en la hora de comer y en la hora de recogerse. Parecía, por su glacial insensibili-



dad, que iba el Rey á una diligencia frecuente de su corte; mientras, por sus sacudimientos, diríase que al patíbulo iba la Reina. Así recorrieron aquellos salones por última vez, para no volver nunca jamás á verlos. El Rey no las tenía todas consigo. Después de haber corrido una calle de Amargura pasando la revista militar, creía recorrer otra calle de Amargura yendo desde los senos del Palacio á los senos del Congreso, para dejarse los cortesanos de su casa y tropezar con los representantes de su pueblo. Así, puso el sombrero real, que podía el rayo atraer, sobre la cabeza de un miliciano, y se puso la gorra del miliciano, que podía servirle á él de verdadero para-rayos. Antonieta creía volver, pues contaba con que primeramente los suizos sumados á los gentiles-hombres castigarían la rebelión y los rebeldes; y después de castigados los rebeldes disolverían el Congreso, y después de disuelto el Congreso abrirían las fronteras al irruptor y al extranjero, acabando así con aquella malhadada libertad y restituyendo á los reyes su viejo absolutismo.

Roederer precedía con gran respeto al Rey, guardándole todas las ceremonias litúrgicas, cuya disminución él sentiría mucho más que la disminución de sus facultades, pues dependían éstas de su voluntad soberana y aquéllas del respeto y de la consideración que á los demás inspiraba. El rostro de la majestad, el rostro de Luis XVI, se demudó tan sólo al pisar la grada última de su excelsa y grandiosa escalera, por donde vagaban los espectros de sus progenitores en sombras misteriosas, y se veían relucir, iluminados por los resplandores de un sol canicular, las coronas, blasones, timbres y veneras, que patentizaban la soberbia de su familia y la vejez de su sangre. Necesítase, cuando rodean á las criaturas todos estos signos de una sumisión exterior, hasta en los objetos inanimados, muy excepcional y superior naturaleza, para no creerse un Dios verdadero aquí en el mundo. Luis XVI, con su nativo carácter, animado de tendencias igualitarias, pues el industrial, producido por la naturaleza, mucho en él aventajaba y sobreponía en todos sus pensamientos y en todos sus actos al Monarca producido por la educación, se acordó con cariño de la gente que dejaba en su Palacio á merced y arbitrio del hado, y se conmovió profundamente, creyendo cumplir su deber con sólo preguntar por ellos. Entonces Roederer, que únicamente se acordaba de salvar al Rey, salvando también, á lo sumo, la familia real, insistió con moderación y con respeto en que no se añadiese más gente al concurso, de muy difícil dirección y de muy difícil movimiento. La Reina, sin embargo, pidió la compañía de madame Touzel, maestra de su hijo, y la compañía de su amiga del alma, la célebre y hermosísima princesa de Lamballe. Luis XVI, llegado al vestíbulo, vacilaba, y parecía como que se arrepintiera de haber puesto empeño en resolución ajena de su temperamento irresoluto. Sonaban los aldabonazos de Marsella en las puertas, y corrían los sublevados, como impelidos por un deseo del escalo y del asedio, por las fronteras del Palacio; tornaban los cañoneros las espaldas con ánimo de no atacar la sublevación; el grito clamoroso de la plebe armada, que henchía la terraza de los

fuldenses, atronaba los aires y los oídos; estremeciase ya el suelo á las oscilaciones de violenta sacudida, precursora del terremoto; y aún fiaba Luis XVI en que no pasaría cosa ninguna, y en que aquella nube podría disiparse y desvanecerse, como se disipó y se desvaneció la nube tormentosa del veinte de Junio pasado, que amenazaba con anegar todo, y en cuyas espirales creyó ver flotando alguna vez su espléndida corona. Roederer, al considerar la resistencia incontrastable del Rey á la misma resolución tomada por él, tuvo que impelerle hacia el Congreso, pues en las perplejidades múltiples de su inteligencia y en las ondulaciones de su voluntad, era capaz de volverse atrás, aguardando, sentado en la sede altísima del trono, á que le subiese hasta la boca el agua de tanto y tan deshecho naufragio. Nada en hermosura excede al primer asomo de la primavera. Y nada en tristeza tampoco al primer amarillor de las hojas. La madrugadora flor del almendro que brota, y la prematura golondrina del aire que vuelve, os llenan el corazón siempre con estremecimientos de alegría, y os dan á libar el cáliz de la esperanza. Pero una primer hoja cayendo, abrasada por el estío, sobre la tierra canicular candente, anuncia el primer muerto, cuya conmemoración pone la Iglesia en los comienzos de Noviembre, cuando se acorta el día, y viene sobre todos la noche larga, envolviendo en un paño fúnebre nuestra desgracia, y echando sobre nuestras espaldas un catafalco. En cuanto recorrieron el vestíbulo, pisaron los Reyes y su comitiva el jardín. Y, en cuanto pisaron el jardín, vieron las hojas secas desprendidas del árbol, á la manera que se desprendían las esperanzas de su corazón. Uno de los dictadores, que comandaban en aquella hora, Manuel, síndico de la Municipalidad, anunció que la corona se caería de las sienes del Rey antes que se cayera la hoja del árbol. Viendo cuántas extendían su color siniestro por el suelo, se miraron todos y sintieron un estremecimiento terrible. Pero el que más perdía de todos entonces, el delfín, en su inocencia y en su infancia, daba con el pie á las hojas en sus juegos, como hubiera jugado con la corona también.

El jardín, á pesar de las hojas secas, resplandecía en todo su esplendor. La frescura del ambiente prestaba gozo á los pájaros y á las flores fragancia. Las gotas de rocío, pendientes de los insensibles ramajes, contrastaban mucho con las gotas de lágrimas, pendientes de los sensibles párpados. Á pesar del cielo claro, del sol espléndido, de la sinfonía compuesta por los pajarillos, del verdor de las plantas, parecían las estatuas fantasmas á los ojos de quienes aquella gran catástrofe sufrían, pues la tristeza confunde con facilidad, en sus duelos y penas, estatuas vívidas de jardines floridos y fragantes, con estatuas funerarias de solitarios fríos panteones. Cuando allá, en la cima del mundo mineral, vemos producto tan precioso como la tierra fecunda y de armonía, sobre cuyo pródigo seno vivimos; en la cima del mundo vegetal frutos tan regalados como la espiga, de que nuestro pan extraemos, ó la uva, de que destilamos nuestro vino; en la cima del mundo animal el cerebro que ha dictado *La Divina Comedia* ó conocido la universal atracción



apenas podemos calcular y medir cuántos esfuerzos, cuántas catástrofes, cuál número de combates y guerras habrá pedido este resultado tan beneficioso, no solamente á nuestra especie y á nuestro planeta, sino también á todo el Universo; pues por fuerza el resplandor de ideas y el acumulamiento de bienes aquí guardados, han de irradiar en todos los espacios y han de trascender á todos los mundos. ¡Cuánto no costó levantar el edificio de las Tullerías, considerado como santuario del poder absoluto! Para echar sus bases y coronarlo con sus terrazas, necesitóse poner las bases antes de una incondicional Realeza, y coronarla con sus facultades omnímodas. La fundación del Imperio romano sobre las clases ó sobre las tribus de los antiguos pueblos primitivos, la venida de los bárbaros, la conversión de los mayordomos casi bizantinos del Palacio real en capitanes y en Reyes, los carlovingios y los merovingios, la ruina completa de Roma y la fundación del oriental imperio cristiano, los terrores del año mil con todos sus espantos, la tutela teocrática, el régimen feudal, las cruzadas, los municipios, los Reyes maquiavélicos fueron indispensables, con todos sus combates, para producir un edificio tan enorme destinado á templo de un principio tan enorme también como el absolutismo; y cuando llevaba este principio tres siglos de duración sobre un trono inmovible, parecido á un altar, hé ahí que la tierra se remueve toda bajo sus fundamentos, como los oleajes bajo la quilla de un barco en zozobra; que caen sobre sus techumbres balas y bombas á manera de rayos ó enjambres de asoladores hólidos; que, después de haberse necesitado dolores innumerables para erigirlo, se necesitan dolores innumerables para derribarlo, y, como concurren á su construcción gigantes de otros tiempos, animados por antiguas ideas, concurren á su destrucción gigantes de nuestros tiempos, animados por nuevas, y como nuevas, revolucionarias ideas. Pero quien menos lo derriba es la mano, para los Reyes aleve, del pueblo parisién puesta con desacato y con furor sobre las piedras del santuario; lo demuele una idea, seis siglos antes dicha por Abelardo; una frase, pronunciada diez y ocho siglos antes por un Bautista en el desierto; éste canon de los concilios ecuménicos, aquél grito de solitario herejarca, que parecía destinado á quedar por completo reprimido dentro los claustros, el centelleo de una inspiración, el entimema de un verdadero pensador, la cometa que ha descargado el cielo, la máquina de imprimir que se ha inventado en un subterráneo de la vieja Estrasburgo; y eso, todo eso, cuyo resultado final estaba en el abandono de las Tullerías por los que antes las habían henchido trescientos años con su poder y con su gloria, no se conjurara, no, á exorcismo alguno, ni de la Iglesia, ni de la corte, porque se halla en lo más íntimo del sér humano y de la humana sociedad: que así de consuno lo quisieran las leyes lógicas del pensamiento y las leyes providenciales del cielo. Sobre las muchedumbres que iban poblando, á esta hora suprema, las terrazas en són y con aire de guerra; sobre los cañoneros que iban esparciendo sus municiones para no dirigirlas contra el pueblo; sobre los marseleses que golpeaban las puertas del Palacio; sobre las dos co-

lumnas que avanzaban paralelamente por los dos lados del río; sobre las muchedumbres encrespadas y tormentosas que ya comenzaban á circuir las paredes fortísimas de aquel templo, donde á tantas generaciones aterrara un despotismo sin límites en su soberbia, levantábanse con sus flamígeras espadas genios invisibles, difundiendo ideas, á cuyo calor y empuje, que impele todos los movimientos sociales, se caían, como á las ráfagas de súbito ciclón, el Palacio de cien Reyes.

El Rey avanzaba lentamente acompañado de su comitiva por los espaciosos jardines. Más de cuatrocientos guardias, entre suizos y milicianos, lo custodiaban. Había precedido á la procesión un gran despejo que ofreció desembarazo amplio al concurso y á la marcha en necesarios movimientos. Los escasos regidores y los diputados provinciales, que se hallaban en el palacio, dirigían la marcha y formaban la cabeza del cortejo; seguía el Rey, á todo indiferente, y del todo sereno; al Rey seguía la Reina, que se apoyaba en el brazo de un gentil-hombre, y decía con su gesto y ademanes cuán opuesta de aquella resolución era y cuán triste ó contrariada iba; la santa princesa Isabel concluía aquella procesión, llevando á sus dos sobrinos al lado, quienes indicaban bien sus edades diversas en sus respectivos estados, pues la duquesa de Angulema, ya talladita, lloraba, y el delfín, como niño, reía y saltaba, ignorando el cuitadísimo que no siendo culpado, había de ser el más afligido por las pruebas y los rigores de una pena y de un castigo verdaderamente horrorosos. Roederer se despidió del Rey, y destacándose de la comitiva, se adelantó al Congreso para darle noticia oficial de todo cuanto pasaba. Luis XVI, después de saludarlo, se puso á considerar el número de hojas secas tendidas por los suelos y á comentar lo prematuro de la estación otoñal en aquel siniestro año. Marchaban los reunidos en el palacio y encaminados al Congreso con tanta majestad y lentitud que se hubiera creído aquella procesión por todos una ceremonia y no una huida. Merced á esta lentitud tuvo el Congreso tiempo de saber cómo se acercaban los Reyes y expedirles una diputación que los acompañara en su trance y los recibiese, á nombre de la representación parlamentaria, en las puertas del Congreso. El presidente de la comisión dirigió frías, pero corteses, palabras al Monarca; y los diputados no sabiendo qué hacer, ni cómo colocarse con arreglo á su categoría en aquel cortejo; se mezclaron á los cortesanos. Así como en los espacios de los jardines y florestas no había un alma que se aproximase á la familia real, en el pasado conducente desde las terrazas de los fuldenses al monasterio donde tenía sus oficinas la representación nacional, reunida en el picadero de la corte, se aglomeró una gran multitud, gesticulando con gestos irreverentísimos y profiriendo frases expresivas de un desacato terrible. Y no se satisfacían las muchedumbres allí reunidas con estos desahogos de su odio, impedían al cortejo todo paso adelante. Las mujeres, entre todos, resaltaban por su ferocidad, y hasta los niños, puestos sobre hombros de los mayores para ver el siniestro espectáculo; apenas sentían género alguno de compasión instintiva por el príncipe, no de